

Temas Generales

HISTORIA

LITERATURA

NOTICIARIO

BIBLIOGRAFÍA

ESTAMPAS PARA UNA MITOLOGÍA HISPÁNICA DEL AIRE

Por el Teniente V. MARINERO BERMUDEZ

Segundo premio de nuestro Concurso de artículos, en "Temas generales de la Aeronáutica".

NECESIDAD DE UNA POÉTICA AEREA

Se ha hecho ya tradicional el que bajo las alas audaces de los aviones de guerra campeen como mascota figuras del vario simbolismo aéreo. Algunas de ellas son de moderna creación; otras, antiquísimas, y todas caricaturescas, pues el sentido del humor acompaña siempre las acciones de la juventud del Aire. El héroe moderno es fruto de un feliz entronque de patriota y deportista, y cumple su deber, aun cuando le rocé el hálito de la muerte, con renovada sonrisa, y el esfuerzo, en perpetuo entrenamiento, atento a lograr mayores empresas.

Paralelamente, los nuevos himnos del Arma aérea nos hablan con un peculiar lenguaje poético, de afares no reducidos a una adusta escolástica de cuartel, sino abiertos hacia amplios anhelos nacionales. Son canciones juveniles para ser cantadas alegremente cara a la naturaleza, los ojos iluminados por un ansia de cielo infinito y en el alma el deseo de un futuro grandioso para la Patria.

Los Estados saben dirigirse a la juventud, de la cual han de entresacar las nuevas levadas de Caballeros del Aire, en este tono que su psicología exige. Para atraer voluntariamente a un muchacho a las filas heroicas de estas formaciones, no se le han de presentar cifras demostrativas ni exponer planes parvos. Quede esto para el hombre maduro, avaro en palabras, en las que solamente se excede para la propia vanagloria; para el que lo poético es ropaje superfluo, y los poetas, parásitos. Ha recorrido ya el camino del desengaño y—quebrada la ilusión y el sentido utilitario aguzado en la lucha—llegó a tan triste consecuencia. Pero el lenguaje en que hemos de hablar a los que abren sus sorprendidos ojos a un mundo que conquistar con su desinteresado ímpetu, ha de ser forzosamente poético, rico en imágenes, simbólico y sugerente. El que únicamente comprenden sus corazones deseosos de gloria y que corresponde al ingravido ámbito aéreo, donde ellos esperan realizar sus proezas.

Alegre disposición que se certifica—en lo que a nuestra Patria se refiere—en una extensa iconografía, de cuyo ingenio dan muestra los ejemplos publicados

en esta Revista y los innúmeros himnos que diariamente nacen en las Escuelas del Aire españolas, verdaderos hogares donde los bisoños aguilucho se aclimatan a la vida militar.

Tales poética y plástica, entrañablemente unidas, son verdaderamente necesarias, porque avivan la imaginación y acrecientan parejamente el fuego del entusiasmo. Pero con el fin de evitar repeticiones en los temas a que ambas recurren, así como por temor a que su falta lleve a usar algunos chabacanos e impropios, es por lo que se impone una revisión de la Mitología (clásico venero de imágenes) y otras fuentes adecuadas a tal fin, así como una exaltación poética, conducente al logro de una rica temática y una literatura propia. Al fin y al cabo, la Mitología guarda encubiertas relaciones con la Historia, y es hacer historia o prehistoria de la Aviación entresacar del ocasional olvido temas míticos que se refieran al dominio del Aire, comeción que, según demuestra el estudio de las artes y del desarrollo espiritual de la Humanidad, inquietó a ésta desde el principio de los siglos.

Grano de arena en esta obra supone la presentación al público lector de estas estampas, recogidas de la tradición oral de nuestra vieja España.

EL NUBLERO

No tan inaccesible como Júpiter Tonanté, Thor, Teshub y otros dioses de más campanillas o más aparatosa caja de truenos, puede considerarse como ellos poderoso y ubicuo mercader a su cabalgadura, más rápida que Ocipete, la veloz voladora, la Harpía que quizá le acompañe, disfrazada con dengue, corpiño y madreñas, con designio de raptar vidas entre el embate de las tempestades provocadas por el dios en sus vuelos de castigo. De un lugar a otro del orbé, trasládase con la velocidad del pensamiento, surgiendo instantáneamente al ser invocado por mentes crédulamente paganas. Como nubívago supera a Dédalo, y como nubífero y nubífugo, a cualquier tempestario, pues no sólo empuja a las nubes en su traslación y viaje a su par, sino que las concentra o dispersa a su divino antojo, utilizándolas para ocultarse y así lograr con la sorpresa mayor eficacia en su acción.

Son títulos que pertenecen al Nubleiro o Nuberu con absoluto derecho, los de Señor de la Ciudad del Grito y de las Nubes, Sojuzgador de los vientos—los hijos del cielo estrellado, raptore de nubecillas—y Vencedor de la Niebla, la de impenetrables velos; pudiendo tomarse, por las razones que luego se expondrán, por precursor del vuelo sin visibilidad.

Dominador de los elementos, pese a ser ignorado por las gentes de ciencia, es conocido por cualquier aldeano astur, pues gusta de acogerse tras sus correrías, en las que opera invisible, a las umbrías cántabras, mientras apacienta en los verdes prados su corcel bicorne, del que con irreverencia derivan los campesinos de quienes se deja ver su nombre más castizo: Xuan Cabrito.

En cabrito y no otra montura se muestra caballero esté Eolo español, menos abstracto que el otro, pues más que mitológico puede considerarse histórico, ya que su existencia a través de los tiempos está testificada por innumerables habitantes de aquella región española de vetusta cultura oral, cielo y suelo grises de nubes y carbón; y aún hay quien hace pocos días (o años, que para el caso es lo mismo) recibió su grata visita. Preguntad por Xuan Cabrito en las dispersas aldeas de Castropol, Grandas de Salime, Cabaña-Quinta o Pola de Siero, y os hablarán de él con familiaridad no exenta del respeto debido a personaje sobrenatural tan influyente en el curso de sus negocios terrenos.

Y no es porque sea oriundo de aquella comarca. Recordaréis que lo hemos nombrado como Señor de la Ciudad del Grito. Pues bien: la Ciudad del Grito se fija en un lugar de Egipto, cuya situación precisa evita de citar el Nublero, quizá por temor a vuelos de represalia. No es extraño que en los diversos itinerarios que desde allí sigue para dirigirse a sus objetivos no haya sido localizado, ya que—conocedor antes que nadie de las ventajas de la ocultación—viaja siempre rodeado de una cohorte de nubes.

De los diversos datos aportados por los diversos testigos “de visu”, el autor ha compuesto esta descripción de su figura:

Grueso, pero no panzudo (ciclotímico, o más bien, macrosplannicolonguilíneo); barba larga y blanca, así como las cejas y el pelo, peinado al desgaire y desordenado por el viento de enténubes. Lleva capa, chaqueta larga de corte anticuado, pantalones no excesivamente estrechos, pero bastante largos, montando sobre las gruesas botas; sombrero de alas anchas, y en ocasiones—¡vayan ustedes a comprender los caprichos de los dioses!—, paraguas rojo (quizá para desprenderse de las nubes en salto peregrino).

En cuanto a sus características temperamentales, podemos asegurar que se irrita pocas veces; pero sabe siempre guardar su puesto aniquilando a los que contra él se revelan cuando estalla su terrible cólera. Tiene el sentido paternal y condescendiente del que posee la verdad y gusta del diálogo amable. No es anticientífico, porque está por encima de la ciencia; irónico y aparentemente incongruente, acepta y provoca las más extrañas situaciones.

Como se ve, no es un Juan cualquiera.

MAGIA Y METEOROLOGIA

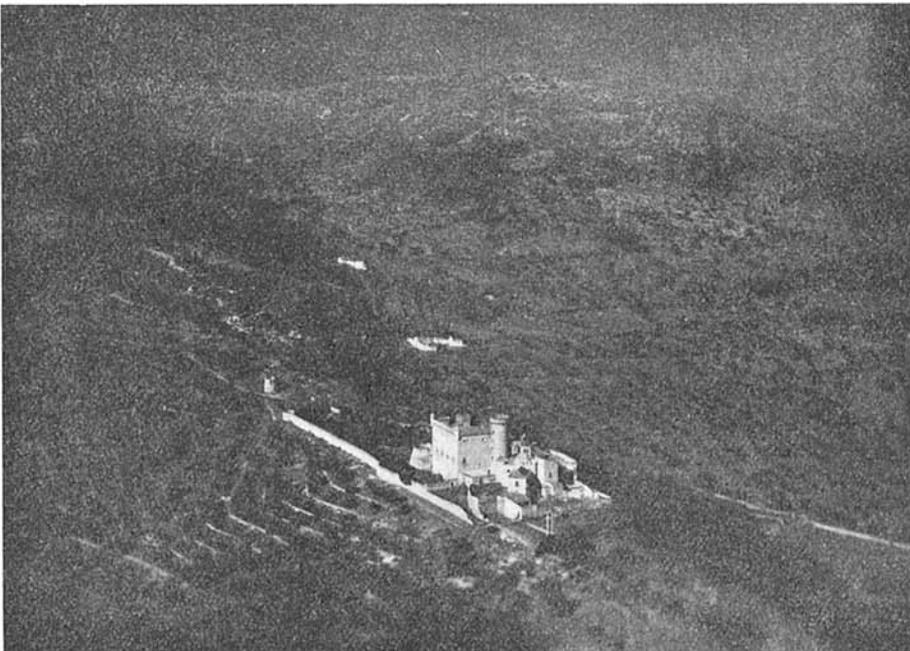
En aquellos lugares en que la Meteorología se condensa en normas ancestrales y prácticas—“Si la gaviota va para el mar, unce los buéyes y vete a arar”, y otras semejantes—, la ciencia es sustituida por la magia, no sin ciertos inconvenientes, pues sin duda resulta muchísimo más difícil lograr un mago pasable que un científico, aun de poca categoría; sobre todo desde que la Cueva de Salamanca se cerró con siete llaves.

A la magia, pues, resulta preciso recurrir para lograr ciertos resultados no naturales para la constitución humana. Así, el volar. Se dice que un brujo, don José Fernández Celá de Viladevelle, era poseedor de un raro libraco, leyendo el cual en alta voz, un profeso en artes mágicas podía elevarse sobre el suelo a tal altura como permitía la duración del recitado, no teniendo para descender sino que leerlo al revés. Lo cual aseguraba un suave descenso si la caída iba condicionada a la lentitud de la lectura, y una vertiginosa barrera si el freno lo constituía la intensidad de los conceptos leídos.

Más corrientes son una serie de formulillas que, con ligeras variantes, pueden reducirse a ésta:

Por encima de ríos,
por encima de escayos,
por encima de montes,
con todos los diablos.

Al parecer, este conjuro es el que usan las más auténticas brujas antes de lanzarse al espacio monta-



Castillo de Castel de Fels.

das en su clásica escoba, sistema de vuelo que emplean siempre que no llegan a encaramarse a hombros del mismo diablo. A propósito de ellas, dicese que se friccionan con unguentos mágicos antes de lanzarse al aire, aunque no creemos que esto sea para protegerse la piel de los rigores del viento, ya que la suya—según se asegura—suele ser dura como pellejo de pandero, si bien la historia señala el caso infrecuente de brujas apetezibles.

No debe de ser mala la tal formulilla, sino de absoluta eficacia, pues no sabemos de anales de aquelarres en que se consignen accidentes ocasionados por el uso de aquella, ni fallos de la misma. En cambio, es bien conocido el caso del hombre prudente a quien pareciéndole demasiado atrevida corrigió la invocación, sustituyendo la palabra "encima" por "debajo", con el único resultado de magullarse el cuerpo lastimosamente; que aciertos parecidos logra las más de las veces la curiosidad mojigata.

Claro es que para lanzarse al aire en estas condiciones, la otra prudencia, la sensata, exige ciertas precauciones de estudio del ambiente celeste. Lo que más temen sus creyentes y devotos en todo viaje por tierra, mar o aire, es precisamente la proximidad del Nublero, que, desbocando los vientos, corceles veloces, los vuelve con suma rapidez en las más variables direcciones y jugueteando con su manuable haz de rayos o volcando su saco de granizo, provoca trastornos sin fin a su paso.

Sólo un procedimiento se anota como eficaz en estos casos. Y es que inmediatamente de avistado por el vigía el contorno confuso del dios—vigía que, efectivamente, se ha colocado innumerables veces en la torre de la iglesia—, proceda a tañer las campanas con todo ahinco. Cogido "in fraganti" por la alarma el Nublero, no se porta muy dignamente, aeronáuticamente hablando, sino que, como un vulgar "pirata", suelta su carga en cualquier sitio sin esperar a más y huye a todo motor. Tanto más si a este "Hannibal ad portas", las buenas amas de casa hacen cruces con pasta de pan sobre la pala de amasar y la radera del horno, procedimiento de defensa activa acreditado por la tradición.

No siempre este dios pagano—lo hemos indicado—lleva mala intención, sino que otras aterriza, descabalga y estira las piernas, hollando el santo suelo, dispuesto a entablar conversación con el primero que encuentre. Es naturalmente en estas espaciadas apariciones cuando ha sido observado con detalle por los naturales del país, de los cuales—bien por información directa, bien a través de los textos que se citan en la bibliografía—se han recogido los datos utilizados para la descripción más arriba consignada.

Hasta a veces busca amparo para pasar la noche en una casa de aldea. Y he aquí que los que se pasan

de avisados le niegan asilo, y los malhumorados le ahuyentan, mientras otros, ingenuos, crédulos y amables, le abren las puertas, reconózanle o no. Como es de esperar, cada cual recibe el premio o el castigo que merece la buena acción o la falta cometida, y una vez dado a conocer en todo su aterrador poderío, en próximos "raids" anegará los campos del uno, machacando los campos con el pedrisco e incendiando la casona con sus rayos, mientras que al vecino bondadoso—aun estando pared con pared—le colmará de dones meteorológicos; que también conceder la lluvia benéfica y desgarrar las nubes para prestar luz de sol está en sus atribuciones.

Congraciados así con este buen Señor, pensamos que quizá no huya cobardemente del rebato campanero, sino que cuando lo oiga piense: "Ahí creen en mí, pues que me temen", y perdone su temor y encono.

"Beati páuperes espíritu".

SOPLO DE AVENTURA

Dicese que aquellos a quienes el Nublero visita, reciben de él la invitación de devolvérsela en la Ciudad del Grito, y acuciados desde aquel mismo momento por



El despertar en Manzanares el Real.

insaciable sed de aventura, no sosiegan hasta ponerse en marcha hacia las lejanas y soleadas tierras de Egipto. (La fórmula, llena de social "savoir faire", que emplea para ofrecer su casa, es, según afirman autores de solvencia: "Si vas a la Ciudad del Grito,—pregunta por Xuan Cabrito".)

¿Qué rumbo siguen en su ambiciosa obsesión? ¿De qué medios se valen para llegar a tal punto? Quizá no alcancen la meta sino después de un languísimo peregrinaje preguntando aquí y allá la dirección tomada por el Nublero a los informadores que señalaron su paso. Difícil es alcanzar por tierra la recóndita base de un dios aéreo. Quizá las cigüeñas, las aves migratorias, les den indicaciones más precisas. Pero para entenderlas necesitaría el viajero conocer el lenguaje de

las aves, y sólo si es aprendiz de brujo alcanzará nociones de este desusado saber.

Es posible que sólo a los magos de caserío esté reservada la posibilidad de esta aventura y que rápidamente—ya que no tanto como el mismo ser mitológico a quien persiguen—tiendan su vuelo hacia el egipcio campo. ¿Siguiendo un procedimiento ya popularizado? No; lo mágico es impenetrable, y la esencia de su supremo conocimiento, no difusible. Hay secretos que queman la lengua de quien pretende transmitirlos, y se guardan eternamente. Atengámonos a las noticias que la tradición oral perpetuó y a los datos que hoy figuran impresos.

Alguien—no se sabe por qué procedimiento y si que el hecho fué repetido—llegó en alas de su curiosidad al corazón mismo de la Ciudad del Grito. Su presencia causó asombro hasta que pudo aclarar que llegaba correspondiendo a invitación expresa del Señor de la Ciudad. Trocóse entonces en afán hospitalario el anterior recelo, muy justificado, por otra parte, ya que los habitantes de aquel lugar no son mortales, sino extraños seres que—sensible es consignarlo—se alimentan de carne humana. Item más: abren boca (el buen gusto les perdone) con aperitivos de sapos, culebras y lagartos, que se dirigen por sí mismos a la cazuela al escuchar el mandato de las hembras de aquellos seres, las cuales les ordenan, señalándoles los recipientes: "Acudid acá." Procedimiento tan expeditivo como sencillo, que todos desearíamos aplicar a nuestro arbitrio. Y esto nos hace pensar en que quizá este raro menú contenga ciertas vitaminas del vuelo necesarias para mantener en forma a la "troupe" aérea.

De todos modos, y aun para los afortunados que después de llegar a aquella recóndita ciudad son bien recibidos en ella, las dificultades no les abandonan hasta el último momento, ya que la Niebla, eterna enemiga del Nublero, monta guardia permanente a la puerta de sus murallas y aun cubre con sus largos, numerosos y opacos velos todo el recinto.

También los Vientos se concitan frente al Señor del sagrado lugar y en torno a éste. Originase tal rebeldía en el forzoso destino de servir en parte de potencia motora al dios, siendo sojuzgados por éste y por él enfrentados los hermanos. Formando círculo que encadenaría el mundo si se cediesen sucesivamente el ejercicio de su poder, el Hacedor de Tempestades las desbarata, oponiéndoles e hiriéndoles las entrañas con sus rayos y apedreando sus espaldas y pies alados con el más duro granizo. Sólo un medio de venganza les es dable, y no otro que permanecer voluntariamente inmóviles, con lo que la neblina, densa y pegajosa, cae a plomo sobre la metrópoli de este reino de lo étéreo, ocultando por completo a su mismo dueño.

Si al caminante le es difícil penetrar en la Ciudad, al fin su reconocimiento terreno, con una aproximación lenta, es más factible que no el aéreo, al que, llegando por los ámbitos celestes, está obligado el Nublero. Afortunadamente, este vuelo sin visibilidad es dirigido con pericia por sus súbditos y familia merced al Grito, lanzado unánimemente en direcciones precisas con grandes caracolas o vigaras y—esto es altamente interesante—a horas precisas.

Orientado por el grito y guiado por quienes lo lanzan intermitentemente, el dios pagano llega al fin a Palacio y desde allí dispersa de nuevo a la Niebla y los Vientos, que huyen despavoridos por el mundo. Esta es la historia fiel de los métodos de navegación aérea del Rey de los Vientos y de la Niebla. No es preciso describir su cabalgadura, ya que ésta más bien es símbolo que aparato de traslación.

Pero falta constatar que el tiempo transcurre muy veloz en aquel lugar; tan veloz, que momentos que os entretengáis allí son años en el mundo de los humanos. O quizá sea al revés: que allí el tiempo es lento, pues mientras en nuestro mundo pasan veloces los años, allí apenas si se deslizan lenta, suave, intensamente cargados de supremo sentido, como segundos sin importancia temporal. Es distinta medida, y eso es todo. El cielo jamás puede confundirse en un mismo sistema de vida con la tierra, ni calibrarse según idéntico cómputo. En el espacio aéreo, aislado de toda aparente relatividad, venciendo real o figuradamente leyes a que el reducido espacio de las dos dimensiones nos limita, es más libre el espíritu, y quizá por más libre más clara la visión. Años de escudriñamiento miope se abarcan en un segundo de ilimitada e inteligente observación. Así en la aérea Ciudad del Grito, base de un dios en la Tierra, donde sus ciudadanos son Argos permanentemente despiertos con cincuenta ojos vigilantes en cada turno de guardia.

UNA HISTORIA DE AMOR

Historia de amor que, a juzgar por los diversos puntos en que se cita, se repitió en varias ocasiones. El caso, uno o múltiple, es el siguiente:

Dos jovencísimos recién casados reciben la visita del Nublero. La intención de éste era inmejorable, pues precisamente en aquel vuelo había descargado sus proyectiles de granizo en los objetivos señalados, una vez fijados por las bengalas de sus relámpagos y precisada la distancia con los rayos trazadores. Cuando buscó cobijo en la casa de los enamorados cónyuges, el mejor humor hacía temblar sus barbas milenarias, sacudidas por la misma risa que humedecía sus ojos, llenos de divina comprensión. Pero esta vez se equivocó. Quiso hacer una merced y sembró dolor. Habló, como sólo él sabía hacerlo, de su lejano reino, y puso en el corazón del hombre el ansia viajera que hasta entonces el calor del hogar había adormecido en su pecho. Cuando al día siguiente marchó, pudo observar que tanto el marido como la mujer estaban tristes, cayendo en la presunción de achacarlo al sentimiento de perder su sublime presencia. No pudo ver, porque al fin era dios pagano, que en el uno la tristeza nacía del convencimiento de su propia limitación, y en la otra, del desvío de su compañero, para quien ya no constituía el único fin en la tierra. Subió a su cabrito de nieve y pronto horadó el cielo plomizo para perderse en el infinito.

El marido nunca más volvió a sonreír hasta que la mujer consintió en dejarle marchar con rumbo a un lugar que nadie sabía dónde se hallaba. Previéron que cuando se reuniesen de nuevo muy otro sería su aspecto. Habían de pasar años seguramente, y quién sabe si podrían reconocerse; por lo que él partió su anillo en

dos, de modo irregular, entregando una parte a su esposa:

—Si alguna vez vuelvo—le dijo—quizá me extrañes; pero este trozo de anillo, que de otro modo desaparecerá conmigo, te dirá, en su coincidencia con la parte que tú has de guardar, quién soy yo.

Durante meses anduvo leguas y leguas; pero al fin llegó a la Ciudad del Grito, siendo recibido por su Señor con todo género de atenciones. Días después, el Nublero dijo a aquel hombre:

—Mi afecto por ti ha crecido sobremedida, hasta el punto de que deseo demostrártelo de un modo entrañable. Con gusto te daré por mujer a una hija mía.

El hombre recordó entonces a su legítima esposa, aquella que había dejado en un rincón de Asturias: el rocío en los ojos y los brazos caídos en total sensación de abandono.

—No. Os doy gracias, Señor; pero he de volver a unirme con mi inolvidable compañera.

—¿Tu esposa?—burló el dios, estremecido por su risa saturnal y desbordante—. Te advierto que, considerándose viuda y después de muchos años de espera, va a casarse, encontrándose ya pachucha, con un despreocupado atraído por el olor de la heredad. No seas tonto y acepta mi ofrecimiento. Al menos mi hija es eternamente joven, y tú aquí lo serás también, como yo he disfrutado a mi vez inmemorialmente estas barbas sin tiempo. En este país somos todos gente consecuente.

—¿Cómo es posible que los meses que he tardado en llegar aquí se hayan transformado en años?—se admiró el aldeano.

—No son los meses del viaje, sino los días de tu estancia los que significan años en tu tierra—explicó el Nublero—. No olvides que en esta ciudad es muy otra la medida del tiempo que en el mundo.

El esposo, amante, aunque inquieto, rogó al poderoso Señor—no convencido por las facilidades que éste le ofrecía para continuar en su mítica residencia—le proporcionase el medio de volver a sus lares. No plació al dios que aquel escolar que había descubierto, aun cuando sólo fuese en parte, el velo del conocimiento y que a su lado aprendiera las primeras nociones del vuelo, desertase tan irreflexivamente. Temía que su indiscreción popularizase una ciencia, entonces desconocida del común de los mortales; pero aún más le ofendía el desdén por su hospitalidad y una tan desalentadora falta de curiosidad; pero al fin accedió a extender su baja en la base. E hizo más; pues para no retardar su regreso a las nativas, verdes y lejanas montañas, puso a su disposición su propio cabrito.

El asturiano montó en tan original aparato de traslación, y a grupas del mismo cruzó en pocos segundos el camino que tanto tardara en recorrer a pie, yendo a posarse blandamente sobre el blanco mantel que cubría una mesa de esponsales, precisamente aquella en que buen número de invitados celebraban con un copioso ágape el enlace de la antigua esposa de nuestro viajero (dado por muerto hacía tiempo) con el nuevo marido. Asombro general en los comensales ante el inesperado aterrizaje. Terror en los contrayentes al ver avanzar hacia ellos, la ira en el semblante, un ser ve-

nido de los cielos. Gritos, desmayos y—con la coincidencia de las mitades del anillo—la explicación satisfactoria para todos, incluso para el segundo y fracasado aspirante a la mano de la inconstante belleza, el cual ya se había enterado con harta dolor de que la fortuna a ella atribuida no alcanzaba ni con mucho la cifra apetecida.

El Nublero aún se dignó enviar con su bendición el Arco Iris, mejor coloreado y grandioso para mayor lucimiento del acto, que finó con una demostración acrobática de las habilidades del explorador recuperado.

MORALEJA

Sirva esta historia de consuelo para aquellas esposas y novias que hoy reciben con recelo la noticia de que su marido o prometido ha sido llamado para efectuar un curso aéreo, curso que trae detrás, como engarzadas cerezas, otro y otro, ya que si el saber no ocupa lugar o el vario entender no estorba, la técnica aeronáutica ocupa amplio espacio y largo tiempo, por lo mismo que es ciencia y arte constantemente renovadas. Consuélese; que al fin y al cabo todos, tarde o temprano, terminan por anclar su voluntad en el seguro y recogido puerto del hogar, y es más grata la compañía de quien vio mucho mundo y tiene algo que contar, que no la de aquel que jamás se asomó más allá de las bardas de su corral.

En cuanto a los jóvenes, no desmayen con la perspectiva de mayor o menor duración de cursos de aprendizaje. Saben que cuanto mayor sea el transcurso de su estancia en las Academias, más completo será su dominio del aire, y por tanto, del tiempo, ya que llegando a correr más que éste, le alcanzarán y aun sobrepasarán en su carrera cuando les apetezca.

Las primeras nociones—suficientes para despegar los pies del suelo que atenuará sus voluntades—adquiere en seguida, y esta facilidad para sacar los pies del plato—o el aparato de la pista—es acicate que lleva a interesar por ulteriores conocimientos, logrados en consecuencia tan agradable que, como en aquella legendaria Ciudad del Grito, donde el tiempo prácticamente no existía, el nuevo aprendiz de brujo no se cansa de aprender. Su férreo empeño va dominando sucesivamente avionetas, cazas, polimotors...; el cielo le va abriendo puertas cada vez más recónditas, y al cabo de un tiempo, ya en el séptimo cielo, olvidado de todo, sólo alberga un deseo: el subir más alto, el lograr una máxima perfección, y al rozar el suelo, tacharlo velozmente en audaz "pasada", con rúbrica de dominador que certifique su desprecio por el peligro y su conocimiento en los mandos.

Y al contemplar la lograda maravilla, el tiempo, abortado, se fija inmóvil.

BIBLIOGRAFIA

Aurelio de Llano: "Del folklore de Asturias."

Cabal: "Los dioses de la vida."

Los datos que no figuran en estas obras han sido tomados por el autor, de viva voz, en varios puntos de Asturias.